

COSAS DEL MONTE

POR EDUARDO MAULEON

La mañana se ha estirado considerablemente cuando abandonamos este pequeño pueblo camino de las alturas. Hace calor. Calor sofocante, pegajoso, que nos irrita y nos hace sudar y despotricar contra unos polvorientos repechos que, en otras circunstancias, apenas habrían carecido de importancia para nosotros.

Ya hemos llegado al collado. Siempre deseamos alcanzar uno de estos pasos porque nos hace pensar que desde allí la panorámica será espléndida; veremos extensos horizontes y perspectivas inolvidables, mientras un viento grato reconforta nuestros ánimos.

Pero este collado carece por completo de tan suspirados deseos. Tiene enfrente un monte más alto que cierra todo horizonte. Un monte compuesto de rocas agrietadas, matorrales y unos árboles raquíuticos, feísimos. Abajo un estrecho vallecito desde donde un viento caliente nos trae el tufo de unos helechos ya secos.

Más adelante, siguiendo un ancho camino cubierto de pedruscos y zarzas nos hemos presentado en una loma alargada. En un punto de ella existe un enorme montón de piedras. Según nos explica un veterano montañero que viene con nosotros, fue erigido por un sacerdote el cual, cada vez que pasaba por aquel lugar, dejaba una piedra. A la vista de aquel cúmulo de piedras, asombra la cantidad de veces que aquel Pater holló el tal camino.

Claro es que lo que ignoraba el montañero así como el resto de los demás amigos, es que este cúmulo de guijarros no había sido obra exclusiva del andariego cura. Confieso ahora, públicamente, que hace muchos años, en ocasión de cruzar con un grupo de compañeros aquel paraje, un pastor nos enteró del motivo de tal amontonamiento. Nos dio entonces por divagar y hacer números sobre la cantidad de piedras que probablemente habría dejado de echar por circunstancias imprevistas y especiales, tales como el mal tiempo, bautizos, funerales, bodas, aniversarios, catarros, etc., etc. Total que nos liamos a echar piedra tras piedra sobre el ya bastante elevado montón que ni qué decir tiene creció sobre un margen de visitas probables de bastante consideración. Nos fuimos entonces con el pleno convencimiento de que el buen cura nos lo agradecería desde el cielo. Eramos muy jóvenes y...

La mañana hace bastante rato que ha quedado atrás. No había entonces nubes. Pero ahora en cambio, han venido apareciendo tan inopinadamente que en

pocos minutos el cielo azul se ha puesto blanco y gris. Y muy pronto más oscuro.

Aún aguanta. Truenos lejanos que parece van empujándose unos a otros, cumentando y disminuyendo sus ruidos a cada encuentro.

Vemos desde aquí unas nubes blanquísimas metidas en una esquina del cielo. Son nubes tremendamente retorcidas, que se desperezan lentamente para ir formando fantásticos y caprichosos seres. La Mitología griega debió surgir a la vista de esta clase de espectáculos.

Sucedén casos curiosos en el monte.

He ahí que por variar de itinerario nos hemos ido por una senda que contornea una montaña de pronunciadísima inclinación. Inopinadamente, plantada en el centro de la senda, una negrísima yegua, alzando sus patas delanteras, relinchando estrepitosamente, nos impide seguir adelante. No es cosa de volverse atrás, ni mucho menos dejarla de lado, porque una larga y pronunciada torrentera nos lo prohíbe. Estamos completamente extrañados de su conducta, ya que lo lógico es que se marche dejando el camino libre. Por lo menos es lo que hacen siempre. Y aquí viene nuestra admiración al aquilatar los instintos de los animales. Debajo de nosotros, a unos tres metros, en un saliente de la pared que tiene la forma de una bañera, un potrillo se halla metido allí con el agua llegándole casi al cuello. Aquí viene ahora el hacer dibujos para sacarlo de su inesperado y frío baño. Un providencial tronco clavado al par de la senda nos sirve para que, encadenados por las manos, vayamos pasándonos el aterido potrillo hasta depositarlo en la senda. Yo no sé si su instinto le decía que si pataleaba nos íbamos todos torrentera abajo, o el frío lo dejó anquilosado. Temblando todo su cuerpo, doblándoseles sus largas y delgadas patas, estuvo unos momentos hasta que mamá yegua empujándole con su morro, lo fue llevando delante nuestra.

El dueño de aquel animal nunca supo que unos montañeros le salvaron un montón de duros. Pero eso es lo de menos. Para nosotros quedó ese día bien grabado en nuestra mente. Aquella yegua que nos miraba silenciosamente cuando sacábamos a su despistado potrillo, nos envió, ya allá lejos, el saludo más feliz de toda su vida.